

Cabe preguntarse ahora si habrá llegado de verdad el momento de revertir los términos y fortalecer la sociedad civil, corriendo el riesgo de debilitar un Estado

que sigue siendo, aún, el mayor obstáculo para el predominio absoluto de la empresa privada en la economía nacional.

Tesis de maestría (El Colegio de México)

EL ESTADO DE BIENESTAR O SOCIALDEMOCRACIA

El auge sin paralelo del capitalismo —de fines de la segunda guerra mundial a comienzos de la presente crisis económica— no sólo coincide con el auge del Estado de bienestar o Estado benefactor: de hecho se identifican. El origen de tal identidad debe buscarse en la creciente intervención del Estado en las economías capitalistas avanzadas⁽¹⁾.

Sin embargo, este último fenómeno no puede explicarse en toda su complejidad con la sola argumentación económica. La exigencia en un determinado momento de mayor y mejor —aunque relativa— distribución del ingreso nacional y de la imposición fiscal mediante la función reguladora del Estado, obedece no sólo a necesidades de diluir el financiamiento de la infraestructura por medio de una “democratización” de la carga impositiva fiscal⁽²⁾ y de fortalecer poder de compra y de ampliar mercados internos; tampoco lo justifican en exclusividad las presiones por mejorar salarios y niveles de vida de la clase obrera organizada. Responde también al poderoso imperativo histórico de humanizar la sociedad —hoy todavía capitalista— ya que la humanización del individuo es imposible si no se desprende de la humanización colectiva.

El llamado Estado de bienestar o benefactor (*Welfare State, État Providence, Wohlfahrt Staat*) representa un grado apreciable de humanización colectiva, pese a la filosofía individualista que el Estado de bienestar

hereda del capitalismo “salvaje” al que reforma, y pese también a la desigualdad económica que mantiene.

Cuando se habla de “humanización”, en referencia a la sociedad, es porque se quiere imprimir al término un carácter ético, producto de la cultura avanzada, para describir el fenómeno inevitable de la incesante evolución social del animal hombre (“hominización”).

Resulta sensato, pues, aceptar que en el llamado “reformismo”, al igual que en cualquiera otra fase de la organización social, al fenómeno económico lo fortalece y lo impulsa el fenómeno filosófico social, y que éste se vuelve real, o por lo menos pierde buena parte de su condición ideal, gracias a aquél. El Estado de bienestar o socialdemocracia no podrá entenderse cabalmente si no se le estudia, simultáneamente, como organización económica, como expresión política y como intento de afirmación moral de la sociedad capitalista avanzada.

El discurso ideológico del Estado de bienestar precedió, en Europa, a su realización práctica en Norteamérica. Bajo el nombre de “socialdemocracia” fue conformándose en Europa un cuerpo doctrinario político-filosófico que respondía tanto a posibilidades del movimiento obrero por ganar mejoras en niveles de vida y en condiciones de trabajo, como a necesidades de los propietarios de permitir reformas saludables cuando se perfilaba la incapacidad de la empresa privada para financiar, por sí sola, la gigantesca infraestructura industrial que para seguir desarrollándose exigían unas fuerzas productivas en ascenso. Se acercaba el momento, pues, de la decisiva intervención del Estado en las economías capitalistas avanzadas. Intervención que, desde el punto de vista político, se explicaría de otra manera. Con apoyo en juicios del investigador Ian Gough, puede afirmarse que a causa de la implacable competencia en los negocios, las clases dominantes *tenden a desorganizarse políticamente*, mientras que por su común explotación, las clases dominadas *tenden a organizarse políticamente*. De aquí que “[...] el Estado capitalista actúa simultáneamente para organizar a las clases dominantes como fuerza política y para desorganizar políticamente las clases dominadas”⁽³⁾.

¹ “Dicho en forma breve, para O’Connor el crecimiento del Estado es a la vez causa y consecuencia del capitalismo monopólico. La creciente socialización de la producción exige una mayor intervención del Estado para garantizar la acumulación privada y la rentabilidad; de allí los gastos de *capital social* en caminos, educación, investigación y desarrollo etc.” Ian Gough: “Gastos del Estado en el capitalismo avanzado”, capítulo del libro *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, compilado por H. R. Sonntag y H. Valecillos, Siglo XXI, p. 225.

² En *Iniciación a la economía marxista*, Edit. Terra Nova, Barcelona 1974, p. 95, Ernest Mandel niega toda “democratización” de la carga impositiva fiscal; dice: “En el régimen capitalista no se ha producido nunca una verdadera y radical distribución de la renta nacional mediante el impuesto, uno de los grandes mitos del reformismo”.

³ Ian Gough, “Gastos del Estado en el capitalismo avanzado”, en H.R. Sonntag y H. Valecillos, *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, México, Siglo XXI, 3a. ed, p. 248.

No fue sino después de la avasalladora crisis del año 29 que el capitalismo encontró, en Norteamérica, remedio parcial a sus males de entonces⁴, cuando el *New Deal* rooseveltiano llevó a la práctica la revolución keynesiana en la teoría económica, dando así —en cierta forma— cuerpo real al discurso ideológico de los antiguos partidos políticos socialdemócratas europeos. Como un perfecto *boomerang*, buena parte del viejo proyecto ideal socialdemócrata cruzó el Atlántico, para volver a Europa y convertirse en realidad social: el Estado de bienestar o socialdemocracia propiamente dicha.

De acuerdo con la significación que ha ido adquiriendo el concepto en su evolución histórica, en el presente trabajo se entenderá por “socialdemocracia”: a) una categoría sociopolítica, expresión de una fase del desarrollo capitalista; b) el tipo de sociedad producto de la tregua conseguida por ambas partes en la lucha de clases; c) el partido político que expresa a la clase obrera subordinada en este tipo de sociedad y que se constituyó en gobierno; ch) el contenido político y social de la organización económica conocida bajo el nombre de Estado de bienestar o Estado benefactor.

Como puede apreciarse, la significación que aquí toma el concepto “socialdemocracia” hace caso omiso de la carga ideológica peyorativa —o apologética— que el término ha venido arrastrando desde los tiempos en que Lenin llamó “traidores” del movimiento obrero a los socialdemócratas propiamente dichos de entonces, y queda claro también que se maneja el concepto como resultado de su evolución histórica, y no como visión estática de la socialdemocracia clásica, cuando *todos* los revolucionarios eran “socialdemócratas”, empezando por Marx y Engels.

Socialdemocracia, estado de bienestar, economía mixta

Es oportuno precisar que aunque de hecho son sinónimos, el término “socialdemocracia” expresa mejor el

contenido político del proyecto global democrático burgués, mientras el término “Estado de bienestar o Estado benefactor” se utiliza más para el conjunto de medidas e instituciones en materia de servicios y de seguridad sociales, resultado, en primer lugar, de la enconada y larga lucha de clases. Bajo cualquiera de ambas advocaciones lo que subyace es una economía mixta, en la cual fue ganando primacía la función rectora del Estado.

En el estudio presente interesan más las coincidencias que las diferencias en las sociedades capitalistas avanzadas. Se trata de identificar la forma que ha tomado el progreso social en el capitalismo mediante la interrelación de la expresión política, el contenido sociológico, la cobertura ideológica y el financiamiento económico. Por eso se identifican aquí los términos “socialdemocracia”, “Estado de bienestar”, y hasta “economía mixta” en ciertos casos, a pesar de que el primero de estos términos suele circunscribirse al área europea en exclusividad, y que el último de ellos no lleva implícito, necesariamente, el acompañamiento de los otros dos.

No obstante el éxito del “Nuevo trato” de Roosevelt en Norteamérica, el Estado de bienestar no floreció del todo allí. En donde adquirió máximo esplendor fue, posteriormente, en Europa, cuando con ayuda del célebre plan Marshall se volvieron a levantar las economías caídas y maltrechas por la segunda guerra mundial⁵.

Se diría que la entronización de la economía mixta, o en todo caso de la creciente intervención del Estado en la economía, en el curso de la recuperación capitalista que siguió al desastre del año 29 en Norteamérica, necesitaba el clima ideológico, el suelo social, el fertilizante político y el acondicionamiento cultural suministrados por Europa para contribuir resueltamente a la fundación del pleno y franco Estado de bienestar o socialdemocracia. Necesitaba, sobre todo, de un movi-

⁴ Baran y Sweezy lo niegan. Dicen: “El *New Deal*, considerado como operación de salvamento para la economía de Estados Unidos como un todo, fue hasta este punto un claro fracaso. Incluso Galbraith, el profeta de la prosperidad sin guerra, ha reconocido que ni siquiera se aproximó a la meta durante los años treinta. “La gran depresión de los treinta —dice— nunca llegó a su fin, simplemente desapareció con la gran movilización de los cuarenta. P.A. Baran y P.M. Sweezy, *El capitalismo monopolista*, Siglo XXI, 16a. ed., p. 130. A este respecto opina Pierre Rosanvallon en su libro (aún no traducido) *La crise de l'Etat Providence*, Editions Du Seuil, 1981: “Se debe señalar que Keynes estimaba que la sola percepción intelectual de esta exigencia indicada por la teoría económica nueva que él acababa de elaborar no bastaría para provocar la reorganización económica y social correspondiente. El escribía significativamente en 1940: “políticamente parece excluirse que una democracia capitalista organice gastos suficientes para realizar la gran experiencia que verificaría mi tesis —a menos que se produzca una guerra”. Y añade Rosanvallon; “De hecho es solamente después de la segunda guerra mundial que las políticas keynesianas se

ponen en vigor. El *New Deal* Roosevelt no llevó a la práctica más que ciertos elementos limitados de la ecuación keynesiana, esencialmente la dimensión de la intervención económica e industrial del Estado”. p. 52.

P.A. Baran y P.M. Sweezy, *Op. cit.*, p. 52.

⁵ “El sistema de beneficios sociales, parcial, azaroso y extremadamente desigual de Estados Unidos, revela la *relativa* falta de poder del movimiento obrero (y la carencia de un partido con base en los sindicatos), así como la naturaleza federal de este Estado”. Ian Gough, *op. cit.*, p. 269. A continuación el autor añade: “El ostensible avance experimentado en años recientes hace ver que ambos factores están cambiando”. Aunque obviamente tal optimista opinión es anterior a la catastrófica administración Reagan, pienso —también optimistamente— que volverá a adquirir vigencia cuando se imponga la marea del descontento hacia la *reaganomics* y se renueve el impulso del *Welfare State* norteamericano.

miento obrero con el grado de madurez política que una larga experiencia de luchas había dado al europeo.

Fue así como se crearon condiciones favorables para el arribo al poder de partidos políticos socialdemócratas —reformistas, hablando en términos generales— y para la maduración de la socialdemocracia en sus aspectos político, social, filosófico y económico, todo lo cual caracterizó el proceso histórico en Europa durante el período más floreciente del capitalismo mundial.

Bastó el agravamiento de la crisis económica actual para mostrar cómo las conquistas sociales, logradas durante el largo reinado de la socialdemocracia en Europa y durante el fortalecimiento del *Welfare State* en las administraciones demócratas en Estados Unidos, tenían por endeble fundamento el auge temporal de las ganancias capitalistas. Al empezar a secarse las fuentes de financiamiento de la gran obra social, la crisis consiguiente inició el desmoronamiento del pretendido “socialismo” de los socialdemócratas en Europa y de los proyectos de una mayor participación social de los trabajadores en Estados Unidos.

Éxitos y fracasos intrínsecos del Estado de bienestar o socialdemocracia —sus posibilidades y limitaciones— se vieron expuestos como nunca antes a la luz de la crítica por la intensidad y duración de esta crisis económica actual. Éxitos que son responsables en gran medida del rompimiento de esquemas teóricos y de notables cambios en conductas prácticas que está experimentando la izquierda marxista en todo el mundo. Fracasos que son responsables —en buena parte— del fortalecimiento político temporal de las fuerzas conservadoras, así como de la revisión que éstas han efectuado en materia de principios filosóficos y ordenamientos económico-financieros⁽⁶⁾.

Los recientes altibajos electorales sufridos por los partidos socialdemócratas (propiamente dichos en Europa, y partidos políticos afines en otras partes del mundo) reflejan la crisis del proyecto reformista mismo. La verdad es que después de tantos años en el poder, el “socialismo” que aquellos partidos políticos pregona en sus respectivos programas no apareció por ninguna parte, defraudando así a buena parte del electorado que suele votar por ellos. Porque no se debe confundir lo que implica “un alto grado de seguridad social” con lo que significa “socialismo”⁽⁷⁾.

⁶ Me refiero en particular a los conflictos en el interior de los partidos democristianos que originaron la exclusión de sus miembros más democráticos, y en general a los conflictos dentro de partidos políticos que expresan los intereses de clases sociales que, aunque dominantes, no son homogéneas.

⁷ Dice el dirigente eurocomunista español Santiago Carrillo: “Los reformistas han llamado *socialismo* a todo un conjunto de cambios estructurales y de medidas de política social que se han llevado a cabo en los países capitalistas desarrollados. Es evidente que aquí hay una falsificación del concepto *socialismo*, puesto que el

Por otra parte, la feroz arremetida del neoliberalismo económico (en forma de monetarismo o de ofertismo) hizo recular la intervención del Estado en la economía, con el consiguiente descalabro del Estado de bienestar. Sin embargo, hay claros indicios de reacción en contrario. Dice Donald A. Nichols: “El cuadro general de lo que sucedió es bien conocido: Las ideas keynesianas perdieron predominio tanto en el seno de la comunidad académica como en la arena política; la influencia del monetarismo creció, conquistando muchas instituciones académicas y de instrumentación de políticas. En un estadio posterior, surgió en escena la economía de la oferta [...] Menos conocido es el motivo de esta transferencia de poder intelectual. En parte fue debida a la incapacidad de los modelos keynesianos para explicar la tambaleante economía. Ello costó caro [...] se creó un vacío que se vio rápidamente ocupado por los monetaristas⁽⁸⁾.”

Sin embargo, hay claros indicios de reacción en contrario. Más adelante, en el mismo artículo, sigue diciendo Nichols: “La marea está empezando a cambiar su curso también a nivel académico. Las nuevas teorías monetaristas están saliendo reprobadas en pruebas empíricas básicas. La teoría keynesiana, alterada para incorporar lo mejor de las ideas monetaristas, ya no tiene dificultades para explicar los episodios que la perturbaban a principios de los setenta. Ahora son los modelos monetaristas los incapaces de explicar las últimas tendencias de las tasas de interés y la inflación⁽⁹⁾.” Aparte los vaivenes de las teorías económicas, el caso es que la economía mixta se encuentra en problemas y, por ende, el Estado de bienestar en todas partes. Cabe adelantar lo que será una de las principales conclusiones del presente trabajo: la crisis del Estado de bienestar se encuentra en la propia médula de la gran crisis del capitalismo mundial.

¿Qué es una crisis?

El antagonismo de las clases sociales se evidencia con suma crudeza durante una crisis porque *eso es*, precisamente, una crisis económica: la aparición y la agudi-

sistema capitalista sigue en pie. Pero a veces los comunistas, obsesionados por el cambio de calidad que representa la toma del poder, hemos subestimado las modificaciones graduales que el sistema ha ido experimentando, modificaciones que, objetivamente, comienzan a romper las hechuras de éste”.

Santiago Carrillo: *Eurocomunismo y Estado*, 1977, p. 59.

⁸ Donald A. Nichols, profesor de economía en la Universidad de Wisconsin-Madison y exsubsecretario asistente para políticas económicas e investigación del Departamento norteamericano de trabajo. “Monetarismo: tiempo de emprender la retirada”, artículo publicado en *National Policy Papers* y reproducido por la revista *Contextos*, año 3, Nos. 29-30, 1982.

⁹ *Ibidem*.

zación de las contradicciones latentes entre los elementos constitutivos del capital, es decir, entre el capital constante (medios de producción) y el capital variable (salarios). Se manifiesta visiblemente al reducirse la producción, al aparecer la recesión y al aumentar la competencia. Dicho en términos más político-sociales: una crisis es el agravamiento del conflicto entre los dueños del capital, a los que genéricamente se les llama "burguesía", y los portadores de la fuerza de trabajo, a los que convencionalmente se les conoce como "proletariado".

En la práctica suele denominarse crisis al conjunto de consecuencias no sólo económicas sino también políticas y sociales, provocadas por las medidas correctoras utilizadas por los capitalistas cuando en el sistema se manifiesta periódicamente el inevitable deterioro (la disminución de la tasa de ganancias).

La definición del fenómeno "crisis" depende, pues, de la perspectiva con la que se visualice: si desde la "atalaya" de los capitalistas o desde la llanura de los asalariados.

El punto de vista de los capitalistas en este aspecto —como en muchos otros— lo expresa el economista ideólogo Milton Friedman: "La modernización es solamente una fase del aumento de la productividad. No es la única. El despido de los empleados superfluos y la eliminación de las normas laborales restrictivas de toda clase son, por lo menos, igualmente importantes. Además, al final de una recesión, como ahora en Gran Bretaña, nunca se moderniza. Apenas cuando se acerca al final de una fase de expansión, cuando se llega a los límites de capacidad, es cuando llega el tiempo de las modernizaciones"⁽¹⁰⁾.

El período durante el cual se efectúan los ajustes para restablecer la tasa de ganancias es lo que se conoce bajo el nombre genérico de "crisis"; de donde se infiere la función que cumple esta última dentro del proceso productivo capitalista. De hecho, y aunque parezca audaz la afirmación, lo que Ronald Reagan y sus consejeros están haciendo es un gigantesco esfuerzo para tratar de restablecer el buen funcionamiento del capitalismo; es decir, para devolver al fenómeno de las crisis periódicas su función equilibradora y saludable cuando el sistema sufre deterioros temporales. Equilibradora y saludable función —claro está— desde el punto de vista de los dueños de los capitales. Y entre éstos, de los más poderosos, ya que cada crisis representa un paso más en la incesante concentración propia del capitalismo y, por consiguiente, deja un im-

nente saldo de capitalistas menores y medianos en completa ruina⁽¹¹⁾.

Olvidándonos de la incómoda cauda de millones de trabajadores hambrientos y frustrados, observaremos después de cada crisis del capitalismo mundial cómo se incrementa el poderío de los capitales de avanzada; cuán prestos, y obligados por su propia dinámica interna, se encuentran para financiar las más extraordinarias hazañas del intelecto, del espíritu, de la codicia y de la estupidez del ser humano.

Dicho en términos generales: en la historia del capitalismo hasta ahora, las crisis se han superado revalorizando el capital (el capital fijo o constante) y desvalorizando la fuerza de trabajo (los salarios o capital variable). De no haber sido así no habría sobrevivido el capitalismo como modo de producción vigente y todavía hegemónico en la mayor parte de los países del mundo.

Naciones "asalariadas"

Lo que ocurría antes sólo en límites nacionales, ahora hay que visualizarlo, también, en dimensiones internacionales, cosa que resulta congruente con la actual tendencia del capitalismo hacia su plena transnacionalización. Como es sabido, la actual crisis se originó en el interior de los centros rectores de la economía mundial, en Estados Unidos para ser más precisos, y puede afirmarse que desde entonces este país no ha hecho sino traspasar sus problemas a los demás, especialmente a los países subdesarrollados. En última instancia, en Estados Unidos (para su clase dominante) sólo se abría un camino, como en cualquier país capitalista, para tramontar la crisis: sobreexplotar su propia clase asalariada y, tratándose de la potencia imperialista que es, sobreexplotar también las naciones del llamado Tercer Mundo⁽¹²⁾.

¹¹ Ciertamente puede advertirse, en esta época de intensa concentración, a la par de "una alta tasa de mortalidad de empresas medianas y pequeñas, también una alta tasa de natalidad de las mismas" (Herbert de Souza, seminario sobre *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, Universidad de Puebla, 1979). Lo que yo añadiría al respecto es que con las pequeñas y medianas empresas que mueren, muere también el viejo capitalismo de competencia y de libre mercado, mientras que las pequeñas y medianas empresas que nacen, *nacen ya articuladas* a las necesidades de las grandes empresas transnacionales que van dominando y transformando los mercados internos y externos, con lo que provocan radicales cambios en el capitalismo tradicional. Valga esta observación como un elemento más para desenmascarar el gran mito del neoliberalismo económico.

¹² No debe verse ningún juicio de valor en estas afirmaciones, sino el fenómeno económico mediante el cual se restablece la tasa media de utilidad, durante una crisis, elevando la tasa de plusvalía generada nacional e internacionalmente.

"Friedman defiende sus teorías", entrevista que le hizo la revista alemana *Der Spiegel* reproducida por la revista mexicana *Con textos*, año 3, Nos. 29-30, 1982.

Con el eufemismo de "subdesarrolladas" se denomina a aquellas naciones que en conciencia deberíamos llamar "asalariadas", tomando en cuenta que los precios de las materias primas son, a estas naciones productoras de ellas, lo que los salarios a la clase obrera¹³.

Los países fuertemente industrializados, propietarios de las tecnologías avanzadas y de los recursos financieros, se comportan, frente a la gran masa de países desposeídos por las colonizaciones de antiguo y de nuevo cuño, como cualquier propietario de medios de producción ante sus obreros. Así como estos últimos lo único que poseen es su fuerza de trabajo, a los países desposeídos sólo les ha quedado, para subsistir, las materias primas, de cuya venta, cuando todavía son sus dueños, depende el precario equilibrio de sus vidas. El precio de las materias primas, como cualquier otro salario, sufre las vicisitudes del proceso de producción capitalista y, también, de los altibajos de esta peculiar "lucha de clases" entre naciones "propietarias" y naciones "asalariadas". Al igual que los obreros, los países asalariados se unen en verdaderos "sindicatos", ya sea en forma oficial dentro de la ONU, ya fuera de ésta —como el llamado *Grupo de los 77* o los *Países no alineados* y otras agrupaciones menos institucionalizadas— cuyos objetivos esencialmente políticos se apoyan en las luchas por sus "salarios", es decir, por los precios de las materias primas. Es clara la intención, en estas alianzas entre naciones pobres o subdesarrolladas, de tratar de afrontar juntas las crisis. Así pues, las naciones "asalariadas" en su conjunto, es decir, las burguesías nacionales y, por supuesto, todos los trabajadores asalariados, sufren las consecuencias del deterioro en los términos del intercambio, lo cual es otra manera de decir que se desvalorizan sus "salarios" (bajan los precios de las materias primas) mientras se revalorizan los capitales (se elevan los precios de los bienes de capital y de tecnología avanzada y suben los costos del crédito y del servicio de las deudas por los altísimos intereses que alcanza el dinero).

Las maniobras visibles y espectaculares que realiza Estados Unidos para desintegrar la OPEP y liquidar así el más poderoso "sindicato" de países subdesarrollados (aunque no todos sean pobres) constituyen una de las líneas claves de la política exterior del imperio norteamericano¹⁴; también va anotándose triunfos parciales en el empeño por deteriorar la organización

de la Unidad Africana (OUA) y frenar su acción fortificadora de los movimientos independientes en aquel continente. En cuanto a nosotros, el entonces presidente de los Estados Unidos Mexicanos, José López Portillo, expuso ante la Asamblea de las Naciones Unidas, el 1º de octubre de 1982 y con inusitada franqueza en aquel foro, la trampa económica y financiera en la que han caído nuestros pueblos pobres y endeudados: "Nuestros planes programados y presupuestados con cuatro años sucesivos de ejercicio, se vieron bruscamente desfinanciados con la baja del precio de las materias primas, incluido el petróleo, y el aumento de las tasas de interés de la deuda externa, ya contratada, que triplicó el costo de su servicio. Una secuencia siniestra de inflación, devaluaciones, alzas de precios y de salarios, frenó nuestro auge; la fuga de capitales fue, en tan sólo tres años, dos veces superior a la inversión extranjera existente en nuestro país. Así, por la vía del sistema financiero y libre cambio, especialmente propiciado por nuestra vecindad con el país más rico del mundo, se vaciaron nuestras reservas [...] Los países en desarrollo como México han sufrido incontables experiencias como ésas".

La tasa media de utilidad y la crisis

Ya que la experiencia me ha enseñado a volver de vez en cuando a mostrar los principios elementales o básicos de las teorías en las que se busca inspiración, habrá que referirse a ellos, obligadamente, si se quiere trascender el círculo de los iniciados. Y para establecer la singularidad de esta crisis de hoy es menester estudiar, aunque sea en forma sumaria, los principios teóricos que explican el origen, el desarrollo y la función de las crisis periódicas del capitalismo en general, así como los elementos nuevos y las circunstancias distintas que modifican la realidad en la cual actúan aquellos principios. Todo esto sin olvidar que una de las intenciones principales del presente trabajo es encontrar un lenguaje asequible que sirva de puente entre el análisis político académico y el comentario político periodístico. Examinemos primero el pensamiento marxista clásico al respecto. Cuando aparece el fenómeno de la disminución de la tasa media de ganancia en una economía, con su secuela de síntomas y manifestaciones de crisis, el remedio utilizado por los capitalistas ha consistido en incrementar la productividad del trabajo. Y esto último se logra introduciendo innovaciones tecnológicas que permiten restablecer o incrementar la tasa media de ganancias afectada.

¹³ El presidente Salvador Allende hablaba de "el sueldo de Chile", refiriéndose a los precios internacionales del cobre.

¹⁴ Es francamente lamentable la decisiva contribución de México a los planes de Estados Unidos respecto a la OPEP. En conferencia dictada en la Cámara de Comercio de San Diego, Estados Unidos, Wayne Cornelius, director del Centro de Estudios Mexicanos de la Universidad de California, afirmó que "México ha vendido petróleo a Estados Unidos en volúmenes sin precedente y que nuestro país ha sustituido a Arabia Saudita como el abastece-

dor más importante estadounidense". (Información sobre la conferencia mencionada que suministró el corresponsal Fausto Fernández Ponte en el periódico *Excelsior*, el 7/X/82. La información periodística se confirma con la divulgación posterior de las cifras de producción y de exportación de crudo en los últimos cinco años, proporcionadas por PEMEX en un boletín de prensa que circuló recientemente).

Tal enunciado teórico conlleva en la práctica despidos en masa de trabajadores a causa del ahorro en esfuerzo humano (y en salarios) generado por las máquinas nuevas y por la racionalización en el proceso productivo. Los obreros despedidos pasan a engrosar el ejército de reserva del trabajo. A los obreros *no* despedidos *se les explota más* —aunque se les aumenten, incluso, los salarios porque las innovaciones tecnológicas permiten extraer mayor plusvalor a estos últimos.

Con la realización del plusvalor (la venta de las mercancías) en las condiciones requeridas para dicha realización, se restablecen o incrementan las ganancias de los capitalistas.

El plusvalor o plusvalía es, como su nombre lo esboza, aquella parte extra del valor adquirido por una mercancía durante el proceso de su producción, correspondiente a una parte del trabajo humano *no pagada al obrero*. Después de “desquitar” en un período determinado o número de horas de trabajo el salario que le pagan, de acuerdo con las necesidades básicas para su subsistencia física, el obrero sigue trabajando *gratuitamente* hasta completar el número de horas de la jornada reglamentaria de trabajo, que suele ser, por lo regular, de ocho horas. Dicho en otras palabras: sólo en una parte de la jornada de trabajo reproduce el obrero su salario. En la parte restante “regala” su trabajo al patrón. Esta última parte de su trabajo —a la cual se le da el nombre de plusvalía o plusvalor— constituye la base, el origen de todo capital.

Dicho sea de paso, el concepto “explotación de la fuerza de trabajo”, en términos estrictamente políticos y económicos, es ajeno a valoraciones subjetivas o éticas, lo que en modo alguno significa olvidar o ignorar las penalidades sufridas por los seres humanos explotados. La más objetiva de las actitudes no podría prescindir, además, de tomar en cuenta la presión ejercida sobre la estructura por las superestructuras moral, psicológica y cultural. En realidad, de lo que se trata aquí es de rechazar la frecuente actitud en los medios de la política militante de satanizar el capitalismo en vez de estudiar mejor los mecanismos de su funcionamiento. El término “explotación de la fuerza de trabajo” describe una relación causal en la formación de los capitales, es decir, en la transformación que experimenta la plusvalía generada en los salarios, para formar los capitales. Y es a partir de este aparentemente simple fenómeno que se construye el complicado y formidable edificio del capitalismo.

No obstante el mayor plusvalor extraído a los salarios de los trabajadores que *no* son despedidos en épocas de crisis (plusvalía incrementada —como ya se dijo— gracias a la innovación tecnológica), a la larga ese ahorro inicialmente provechoso, logrado por el despi-

do de obreros, se vuelve contra los dueños de los capitales, cuando la permanente competencia entre ellos haya anulado las ventajas obtenidas por la innovación tecnológica. Por haber disminuido la masa de salarios, es decir, del trabajo “vivo”, en favor de máquinas y tecnologías nuevas, es decir, del trabajo “muerto” (lo que en lenguaje especializado se expresaría como “aumento en la composición orgánica del capital”), se ha reducido la sola y única fuente de plusvalía: los salarios. Como la plusvalía es, simultáneamente, piedra angular y flujo alimentador constante en la formación, mantenimiento y ampliación de los capitales, se entiende por qué aparece de nuevo, en un determinado momento, el fantasma ya conocido de la disminución de la tasa media de utilidad. Se inicia entonces otra vez el ciclo recurrente de necesidad de mayores y más complejas innovaciones tecnológicas, con su cauda de desempleo masivo y consiguientes angustia y sufrimiento humanos, por una parte, y de incesante progreso científico técnico, por la otra parte.

Más mal que bien se trató en los párrafos anteriores de describir someramente una de las principales contradicciones internas del capitalismo, interpretada a la luz de la explicación marxista clásica, contradicción cuyo conocimiento es útil para la comprensión de los aspectos políticos que está adquiriendo la gran crisis económica de hoy. El proceso mediante el cual aparecen los fenómenos de la disminución de la tasa media de utilidad y de la consecución de ganancias extraordinarias es, por supuesto, muchísimo más complejo que la esquematización obligada por el tono y las dimensiones del presente trabajo. Además, se ha tomado como modelo lo que ocurre en un país industrializado a causa de las diferencias en los niveles de productividad del trabajo entre ramas industriales diversas. El asunto se complica más cuando se estudia el comportamiento de tales fenómenos en escala internacional, cuando las diferencias en los términos del intercambio permiten ganancias extraordinarias a los países industrializados y obligan a los países subdesarrollados a ceder buena parte de su “propia” plusvalía.

Más complejo aún es el cúmulo de circunstancias actuales que enmascaran, y hasta parecieran contradecir, la comprensión y la aceptación de la “ley” referente a la tasa decreciente de ganancias dentro del proceso global de la marcha o evolución del capitalismo. De aquí que algunos investigadores hayan marcado las diferencias en el comportamiento de un primer capitalismo, al que llaman “de competencia o competitivo”, y el de un capitalismo actual, denominado “monopolista”.

No conozco ninguna obra que aventaje la investigación de Paul A. Baran y de Paul M. Sweezy en esta materia. Sin embargo, ellos se detuvieron a las puertas de la crisis actual del capitalismo, por lo que se necesi-

tará retomar el hilo de la transformación capitalista y sus consecuencias globales en lo social.

Baran y Sweezy concluyen que "bajo el capitalismo monopolista no hay correlación, como en el sistema de competencia, entre la tasa de progreso tecnológico y el volumen de los gastos de inversión. El progreso tecnológico tiende a determinar la forma que toma la inversión en un tiempo dado, más que su cantidad".¹⁵ Ofrece más luces la afirmación de que "bajo el capitalismo monopolista la velocidad a la que las nuevas técnicas desalojarán a las antiguas será más lenta de lo que la teoría económica tradicional nos llevaría a suponer".¹⁶

Esto lo explican los autores Baran y Sweezy al analizar lo que para ellos constituye el problema medular del capitalismo monopolista: su incapacidad para absorber adecuadamente los excedentes, cuya fuerte tendencia a aumentar de manera sistemática tiene origen en las políticas de precios y costos seguidas por las grandes corporaciones, conductas en franca contradicción con la forma en que se determinan precios y costos en el capitalismo competitivo.

No se trata, por supuesto, de crear un falso dilema cuando se busca explicación a las crisis cada vez más graves que agobian el capitalismo actual. Falso dilema que obligaría a escoger entre la clásica "ley" marxista de la tendencia a la tasa decreciente de ganancias, o la "ley" descrita por Baran y Sweezy sobre la tendencia al crecimiento absoluto y relativo del excedente a medida que el sistema monopolista se desarrolla. Tampoco podríamos especular acerca de un absoluto desfase de la primera ley mencionada con respecto al carácter monopólico del capitalismo actual. Nos acercáramos más, quizás, a lo que ocurre en la realidad si, tomando en cuenta el desarrollo desigual del capitalismo mundial, pensáramos que las corrientes capitalistas de punta son tecnológicamente innovadoras durante el período en que se están convirtiendo en capital monopólico dentro de una economía nacional o regional, y que posteriormente lo volverán a ser cuando estuviesen en trance de apoderarse de un mercado externo. Y de todos modos los autores mencionados nunca afirman la desaparición de la "competencia" en el capitalismo monopolista: señalan su presencia transformada en lugar de transformadora en las campañas de ventas características de las grandes empresas transnacionales.

La crisis económica mundial

Se trata, en primer lugar, de la gran crisis del capitalismo norteamericano. Crisis que, como veremos más

adelante, se deberá tanto a conocidas contradicciones internas del capitalismo, como al nuevo y todavía no bien comprendido conflicto entre los Estados-nación y las más poderosas corporaciones transnacionales. De aquí que el deterioro de la hegemonía mundial de Estados Unidos pueda considerarse también dentro del cuadro más general de las agresiones contra los Estados nacionales y del fortalecimiento de empresas y conglomerados transnacionales, todo mediante un proceso que podríamos llamar, tentativamente, de creciente "desmetropolización" de las gigantescas corporaciones transnacionales.

Como es lógico —dialécticamente hablando—, esta nueva tendencia del capitalismo actual tiene su contradicción en un nacionalismo creciente, manifestado de diversas maneras, y más visible en unos países que en otros. La ola de nacionalizaciones en los sectores económicos —de Francia, en el mundo desarrollado; de México, en el subdesarrollado— forma parte del mismo proceso. El conflicto entre ambas tendencias contradictorias adquiere hoy aspectos espectaculares.

Es, la de ahora, una crisis en la que se juegan la paz social interna y el poderío político militar externo de Estados Unidos. Como es sabido, cuanto ocurre en aquel país-locomotora repercute en todo el sistema-tren del mundo llamado occidental. Por contigüidad y contagio, pero también por relativa interdependencia, repercute en el resto del mundo no capitalista. De este modo, la crisis de la economía norteamericana creció hasta convertirse en crisis económica mundial.

Abstrayendo la anécdota y el folklore protagonizado por el presidente actor, la *reaganomics*¹⁷ aparece justamente cuando Estados Unidos necesita con urgencia elevar la productividad del trabajo, es decir, intensificar la revolución tecnológica propia de nuestra época,¹⁸ presionado por el deterioro de la economía y por la pérdida de competitividad, no sólo frente a la

¹⁷ *Reaganomics* es un concepto debido al ingenio popular norteamericano, suficientemente lato, y en cierto modo irónico, para designar el sello particular que Ronald Reagan ha impreso a la política económica y a las relaciones exteriores de la Unión Americana.

¹⁸ Con el ánimo de enriquecer la información, y para efectos de obtener una lógica periodización de las innovaciones tecnológicas, se podría pensar que ya se vislumbran los inicios de una quinta "onda larga" en la evolución del capitalismo, siguiendo la caracterización de las primeras ondas largas descritas por Ernest Mandel en *El capitalismo tardío*, 1979, p. 117. Cada una de estas ondas dura alrededor de 50 años y se cuentan a partir de fines de siglo XVII. La primera marca lo que sería la revolución industrial propiamente dicha, con la ampliación de la manufactura manual desencadenada por la utilización del vapor. Las siguientes ondas largas se caracterizarían por sucesivas revoluciones tecnológicas debidas al motor de vapor, primero, a los motores de combustión y eléctricos, después, y al "control generalizado de las máquinas por medio de aparatos electrónicos (así como por la introducción

¹⁵ P. A. Baran y P. M. Sweezy: op. cit., p. 81

¹⁶ *Ibidem*, p. 80

Comunidad Europea, sino, sobre todo, frente al reto de la economía japonesa en ascenso vertiginoso.

(El deterioro de la economía estadounidense, y los remedios que se aplican, se explicarían dentro del pensamiento marxista clásico —en última instancia— a partir de la tasa decreciente de ganancias y de su correlativa necesidad de elevar la productividad del trabajo apoyándose en innovaciones tecnológicas. Hay que recalcar, sin embargo, que en ningún análisis marxista se explicaría una crisis, y menos una de las dimensiones y complejidad de ésta, con base en un solo elemento teórico.)

Sobre esta gran crisis de la economía capitalista mundial, André Gunder Frank señala “el intento capitalista de mantener o de revivir la tasa de ganancias produciendo a costos inferiores en el Tercer Mundo y también en los países socialistas, con el apoyo político nacional [. . .] a medidas represivas en los mismos”.⁽¹⁹⁾

Ya conocemos el mecanismo usual fundamentalmente utilizado por los capitalistas para salir de las crisis periódicas dentro de las economías nacionales: elevar la productividad del trabajo mediante innovaciones tecnológicas, como recurso para revalorizar el capital y desvalorizar la fuerza de trabajo. Ahora falta trasladar este fenómeno a la escala internacional e interpretar el derrumbe actual de los precios de las materias primas (el “salario” de las naciones pobres); las altas tasas de interés del crédito (que arruina a aquellos países cuyas plantas productivas y tecnológicas van quedando rezagadas, y cuyas respectivas deudas externas van volviéndose insoportables); la carrera innovadora en lo tecnológico de las máximas potencias capitalistas (especialmente en los campos de microcomputación, de comunicaciones y de fuentes energéticas alternas, todos fuera de las posibilidades de la mayor parte de los países); la marginación en la que caen aquellas naciones a las que se les niegan créditos internacionales por “insolventes” (originándose así la formación de un “Cuarto” mundo, el cual toma el papel cumplido por los trabajadores despedidos o desempleados, es decir, el ejército de reserva de la fuerza de trabajo en el capitalismo tradicional), y la sobreexplotación de los

países “no despedidos” del sistema imperante en la división del trabajo internacional.

Lo que quiero hacer resaltar es la cada vez más reconocible necesidad de los países industrializados dueños de los recursos de capital de explotar más y mejor a los países sometidos (“asalariados”), para tratar de superar la gran crisis económica mundial. Y como dueños de los recursos de capital hay que señalar hoy tanto a los empresarios individuales y a los monopolios tradicionales dentro de las naciones capitalistas, como a los miembros propietarios en las “tecnestructuras” de las gigantescas empresas transnacionales.

La crisis actual pareciera ser no sólo causa y efecto de la incrementada explotación de estos países sometidos, sino también, simultáneamente, constituir el instrumento más eficaz para una mayor concentración acelerada del capital internacional, con lo cual se profundiza el proceso de transnacionalización del capitalismo, característica propia de su fase presente. Por lo tanto hay que saber discernir, en el conjunto de los propietarios o dueños del capital, a quiénes favorece la crisis y a quiénes verdaderamente los ahoga. Y no olvidar la primacía que ha alcanzado hoy el capital financiero sobre el capital productivo.

El enfoque marxista

Dice el economista brasileño Theotonio Dos Santos refiriéndose a los orígenes de esta crisis en los países industrializados: “De manera [. . .] abstracta podríamos afirmar que la crisis resultó de un aumento en la composición orgánica del capital [. . .] y de una disminución significativa de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, como resultado del poder de negociación de los trabajadores en condiciones más o menos prolongadas de pleno empleo, generados por el propio auge. La consecuencia de la conjugación de estas dos tendencias fue la rebaja de la tasa de ganancias”.⁽²⁰⁾

En otra parte de su ponencia dice el mismo autor: “La crisis también refleja la saturación de los propios mecanismos generados por el pleno empleo de los factores productivos, obtenidos durante el período de crecimiento sostenido: el poder de reivindicación de los asalariados llegó al auge, como su organización y combatividad junto al auge económico, neutralizando en consecuencia las ventajas que el capital obtuvo durante [. . .] los años de crisis entre la primera y la segunda guerras mundiales [. . .] neutralizando también las ganancias de la productividad del trabajo obtenidas

gradual de la energía atómica)”, más recientemente. Aplicando lo descrito por Mandel, podría pensarse en una quinta onda larga que la determinaría entonces la actual revolución tecnológica en gestión gracias al predominio de la automatización, a la computación, a la telemática y a las fuentes energéticas alternas. Pero tal pareciera que las transformaciones en curso hoy marcarán algo más que una nueva onda larga.

¹⁹ A. Gunder Frank: *Crisis económica, promoción de la exportación y represión política*, ponencia presentada en el II Congreso de Economistas del Tercer Mundo, celebrado en La Habana, del 26 al 30 de abril de 1981.

²⁰ Theotonio Dos Santos: *La crisis económica internacional*, ponencia presentada en el congreso citado.

con la incorporación de nuevas tecnologías después de la segunda guerra mundial”.

La necesidad de modernizar los equipos y de racionalizar la producción hicieron cambiar el flujo de las inversiones en los países desarrollados, las cuales no se dirigieron ya a la ampliación de la capacidad instalada. Esto último, más la pérdida de competitividad de ramas industriales obsoletas a causa de la modernización, generaron y siguen generando desempleo y, por lo tanto, conflictos sociales. Fue entonces cuando en los países industrializados se adoptaron medidas restrictivas para la importación de mercancías provenientes de los países subdesarrollados para proteger las ramas no competitivas de su propia industria.⁽²¹⁾

En los países subdesarrollados la compra de tecnología para modernizar las instalaciones hizo aumentar los gastos para la creación de nuevos puestos de trabajo, por lo que necesitaron nuevas inversiones. Como se había acentuado el deterioro en los términos del intercambio, “en parte por la relativa reducción de la demanda de materias primas en el mercado mundial, crece la dependencia de estos países pobres no productores de petróleo respecto de los recursos exteriores”⁽²²⁾.

Modificadores de la crisis

Aunque los especialistas citados describen el origen y la aparición de esta crisis en particular, sus ortodoxas explicaciones podrían referirse a cualquiera de las crisis periódicas sufridas por el capitalismo en los últimos tiempos.

Lo característico de esta crisis no reside tanto en la mayor profundidad o en la ya larga duración, como en ciertas circunstancias que rodearon su aparición y marcan su desarrollo. Por una parte se había intensificado la acción modificadora sobre la respuesta global del sistema, tanto por el llamado Estado de bienestar como por el constante flujo de innovaciones tecnológicas en la industria civil, derivado este último de la producción *permanente* de armas. Por otra parte —y aquí

es donde hay que buscar, fundamentalmente, la singularidad de la crisis actual— la consolidación de las corporaciones transnacionales en nuestro momento está haciendo algo más que modificar la evolución previsible del capitalismo: se está conformando tal mutación en su transcurso, que esta crisis actual, más que crisis en el sentido de agudización máxima de conflictos, debe considerarse como proceso de *transición* hacia una nueva etapa histórica.

Quisiera resaltar dos ideas fundamentales sobre este tema en particular: la primera es la apreciación de la crisis económica de hoy como una crisis que se inicia por los mismos factores determinantes de las crisis periódicas anteriores del capitalismo, pero que no puede desarrollarse “normalmente”, es decir, de acuerdo con la teoría y con las experiencias pasadas, por la presencia de algunos elementos intrusos que lo impiden, al modificar sustancialmente la conducta previsible del sistema en el transcurso de la crisis. Son ellos: a) el Estado de bienestar (o socialdemocracia); b) la masiva y permanente producción o armamento, y c) la consolidación de las empresas transnacionales.

La segunda idea básica es la existencia simultánea de dos tipos de crisis, intrincadamente entrelazados a veces hasta la identificación plena y la imposibilidad de distinguirlos; pero en las cuales a veces se diferencian algunos de sus elementos hasta el punto de conflicto entre ellos. Un ejemplo de esto último sería la contradicción de esta crisis en particular, sus ortodoxas explicaciones podrían referirse a cualquiera de las crisis periódicas sufridas por el capitalismo en los últimos tiempos.

El primer tipo de crisis es el conocido hasta aquí; se relaciona con los sujetos de los incisos a) y b) y pertenece, sin duda alguna, al desarrollo *presente* del capitalismo. El segundo tipo de crisis, profundamente estructural, al que llamé un poco más atrás de “transición”, configura ya el *futuro* inmediato de la evolu-

²¹ “Solamente cuando en los países industrializados dejen de proteger a sectores que han dejado de ser competitivos podrán las manufacturas y las semimanufacturas de los países en desarrollo ocupar su lugar en los mercados internacionales en beneficio de los consumidores del Norte y de los productores del Sur”. João Baptista de Oliveira Figueiredo, presidente del Brasil, en su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas el 27 de septiembre de 1982.

²² G. K. Shirokov: *La crisis estructural y los países en desarrollo*, ponencia presentada en el congreso citado.

²³ De aquí la impropiedad de seguir denominando bajo el mismo rubro de “burguesía” lo mismo a las clases sociales poseedoras de los medios de producción dentro del capitalismo tradicional, que a los miembros de las modernas tecnoestructuras de las empresas transnacionales. Se debe tomar en cuenta que estas últimas necesitan romper toda clase de fronteras propias y ajenas para poder realizarse como modalidad cualitativamente distinta en la que se está convirtiendo el capitalismo actual. Por lo tanto, el abatir fronteras jurídicas, aduanales, geográficas, históricas, culturales y hasta morales y psicológicas —analícense, por ejemplo, las abrumadoras campañas publicitarias de ventas— al abatir, repito, fronteras de todo tipo creadas para defender el mundo tradicionalmente “burgués”, las empresas y conglomerados transnacionales se están convirtiendo en sus sepultureros. Reclamo, pues, el derecho a cuestionar la indebida utilización del término “burguesía” para englobar todos los sectores sociales dominantes en nuestra época de acelerada transformación del capitalismo hacia su plena fase transnacional, sin tomar en cuenta las serias diferencias entre ellos que acabo de señalar.

ción capitalista; se relaciona, obviamente, con el sujeto del inciso c) y representa las corrientes de avanzada o de punta del capitalismo actual.

El conocimiento de la acción modificadora de aquellos hechos citados sobre la conducta de la economía capitalista tradicional, mejor dicho, el conocimiento de los tropiezos y de sus causas que sufre la explicación marxista en relación a aquellos hechos citados, permitirá comprender mejor los acontecimientos sociopolíticos y politicoeconómicos relevantes de nuestro momento. Tal sería, por ejemplo, el poder apreciar la congruencia —y desentrañar su lógica, aunque también sus contradicciones— de una política económica como la del presidente norteamericano Ronald Reagan, que se enfila, precisamente, hacia el desmantelamiento despiadado del Estado de bienestar; que se basa en la sobreproducción de armas con su inevitable marco de guerra fría, y que favorece —o entorpece, según el caso— el tránsito hacia la nueva etapa del desarrollo capitalista, acelerado por las corporaciones transnacionales.

En nuestro estudio de ahora veremos que no fue únicamente el Estado de bienestar o Estado benefactor el culpable de que el viejo capitalismo perdiera el paso, como pretenden los conocidos campeones del neoliberalismo de hoy.

La producción de armas

La permanente producción de cada vez más complejas armas y, por ende, la permanente innovación tecnológica que de ahí se deriva, conturba fuertemente la economía. “Quién dice revolución tecnológica *ininterrumpida* dice reducción del período de renovación del capital fijo. Lo cual explica, a su vez, tanto la expansión en escala mundial [. . .] como el acortamiento de la duración que está determinada por la longevidad del capital fijo. En la medida en que este capital fijo se renueve ahora a un ritmo más rápido, la duración del ciclo se acortará también; ya no tenemos crisis cada siete o cada diez años, sino recesiones cada cuatro-cinco años, es decir, hemos entrado en una sucesión de ciclos mucho más rápidos y mucho más breves que los ciclos del período anterior a la segunda guerra mundial [. . .] Puede decirse que se ha producido en escala mundial una transformación bastante importante de las condiciones en que existe y se desarrolla el capitalismo” (subrayados míos).⁽²⁴⁾

A la producción de armas hay que añadir la consolidación de las empresas transnacionales con sus radicales

transformaciones en la producción y en el intercambio: son, pues, igualmente culpables del fracaso de los métodos habituales para salir de la crisis. Además, están convirtiendo rápidamente el que hasta hace poco era sólo portentoso futuro científico, en el presente técnico y tecnológico de cada día que vivimos hoy. Me refiero especialmente a los veloces avances en microelectrónica, en ingeniería genética y en comunicaciones, con lo cual se puede calibrar el formidable reto que estas revolucionarias innovaciones tecnológicas están planteando en los terrenos de la industria convencional, y lo que este hecho significa en la gran crisis económica que pesa hoy sobre todo el mundo.⁽²⁵⁾

La fabricación de armas es el recurso más socorrido para absorber los excedentes en una economía en expansión y evitar desequilibrios incómodos, así como para acrecentar el control del Estado sobre dicha economía, lo cual contradice la letra y el espíritu del pregonado neoliberalismo económico. Cabe comentar aquí que en la política económica prevaleciente en Estados Unidos —*reaganomics*— no disminuyen los gastos en servicios y seguridad sociales porque hayan aumentado escandalosamente los gastos en armamento, sino que, por el contrario, estos últimos se han visto obligados a crecer *para poder disminuir los gastos en servicios y seguridad sociales*. Esto último se explica por la lógica de la lucha contra el Estado de bienestar, lucha que constituye la columna vertebral de la actual administración republicana conservadora en el país vecino. Para el pensamiento conservador, el Estado de bienestar (benefactor o paternalista) corrompe al individuo, ya que le adormece el espíritu combativo y competitivo en la lucha por su existencia o por mejores condiciones de vida.

“Gracias al hecho de la ampliación permanente de los gastos en armamento —dice Ernest Mandel— el Estado [. . .] controla una parte importante de la renta nacional”.⁽²⁶⁾

Al comentar el artículo de otro autor⁽²⁷⁾ sigue diciendo el mismo Mandel: “Existen numerosas ramas industriales de las más importantes, entre las que están las de punta del proceso tecnológico, que trabajan esencialmente con pedidos del Estado y que se verían condenadas a una muerte rápida si tales pedidos desaparecieran. Tal es el caso de la aeronáutica, de la elec-

²⁵ Infortunadamente para el proceso incesante de humanización del animal hombre, siguen siendo los preparativos de guerra la principal fuente financiera y psicológica para el acelerado avance científico y tecnológico.

²⁶ Ernest Mandel, *op. cit.*

²⁷ Pierre Naville, en un artículo cuyo título y fecha no ofrece Mandel, publicado en la *Nouvelle Revue Marxiste*.

²⁴ Ernest Mandel: *Iniciación a la economía marxista*, Barcelona 1974, p. 87.

trónica, de la construcción naval, de las telecomunicaciones e incluso de las obras públicas, sin olvidar la industria nuclear". Según Mandel, en Estados Unidos "la economía de regiones enteras se basa en estas ramas. Puede decirse que California —el Estado que gobernó Ronald Reagan— que es el Estado de la Unión con una mayor expansión, vive en gran parte del presupuesto militar de Estados Unidos".⁽²⁸⁾

Las corporaciones transnacionales

En cuanto a las gigantescas corporaciones transnacionales, los llamados "precios de transferencia" que rigen en el interior de ellas representan la negación misma de las leyes del mercado. Aunque las empresas transnacionales constituyen un fenómeno cualitativamente nuevo, propio de nuestra época, tuvieron como base para su evolución los viejos monopolios que arrancan desde el siglo pasado. Y las transnacionales de hoy proyectan, en escala gigantesca y con características actualizadas, las conductas monopolistas tradicionales para impedir la reducción de precios cuando hay sobreproducción; para repartirse los mercados mundiales y de paso burlar eficazmente legislaciones defensoras de derechos nacionales; para esquivar, en una palabra, el "libre juego de las fuerzas del mercado." Un juego que, por otra parte, es imposible ya compaginar con la evolución del capitalismo esencialmente financiero e internacional de hoy, y con el nivel político-ideológico alcanzado por la lucha de clases en escala internacional. Todo lo cual se inscribe dentro de la lógica del capitalismo mundial.⁽²⁹⁾

La corriente de punta en el capitalismo avanzado —es decir, las corporaciones transnacionales— libran hoy múltiples batallas contra las corrientes capitalistas tecnológicamente atrasadas y organizativamente tradicionales, o "nacionalistas", por una parte, y, por la otra, entre sí y contra el bloque socialista y su creciente influencia. El bloque socialista (y su esfera de influencia), ha reducido considerablemente el ámbito internacional para la expansión lógica e histórica del sistema capitalista. Aunque sea incidentalmente se debe señalar aquí que esto explica, en última instancia, el recrudescimiento de la guerra fría y justifica la obsesión de los abanderados del capitalismo por el "expansionis-

mo soviético". En escala más reducida puede aplicarse a la conducta de Estados Unidos en la zona centroamericana y caribeña en relación con la "intromisión cubana". Además, dentro del mismo orden de ideas se encuentra aquello a lo que más temen las vanguardias del capitalismo: la independencia económica de los países sometidos del Tercer Mundo. Se debe comprender que el sistema capitalista de producción lucha por su propia existencia, ya que detener su evolución significaría desaparecer de la historia.

Hay que saber reconocer el conflicto entre rivales capitalistas transnacionales —lo que en el capitalismo tradicional se llamarían "pugnas interburguesas"—entre las grandes empresas transnacionales norteamericanas, por una parte y europeas y japonesas, por la otra, pero también entre poderosas empresas transnacionales, por una parte, y agredidos Estados nacionales, por la otra.⁽³⁰⁾

El debilitamiento de los Estados nacionales, mejor dicho, la transformación de sus funciones tradicionales, junto con el fortalecimiento de empresas y conglomerados gigantescos transnacionales, todo mediante ese proceso al que he llamado, tentativamente, de creciente "desmetropolización" de estos últimos, constituyen pasos lógicos en la evolución del capitalismo en expansión, es decir, hacia el despliegue de todas sus potencialidades. Hasta dónde pueda llegar sin perder sus características capitalistas fundamentales, es decir, sin convertirse ya en fascismo, ya en socialismo, es cuestión que nos atañe a nosotros los contemporáneos, sacudidos por esta magna crisis que está pareciendo definitiva en más de un sentido.⁽³¹⁾

Cuando se habla de debilitamiento de los Estados nacionales, o de la transformación de sus funciones tradicionales a causa del creciente predominio de las empresas transnacionales, hay que recordar ese fenómeno contrario al que ya nos referimos y al que dialécticamente aquél se enfrenta: un nacionalismo en surgimiento o en continuo fortalecimiento que se manifiesta en diversas formas, entre ellas las nacionalizaciones en el sector económico.

²⁸ Ernest Mandel, *op. cit.*

²⁹ "La moderna internacionalización, o sea la expansión transnacional del capitalismo, tiende a modificar las relaciones orgánicas entre la acumulación económica y la hegemonía política en el seno de las formaciones nacionales. En su extremo, el desarrollo de la internacionalización supone la crisis política y cuestiona la capacidad reguladora del Estado." Samuel Lichtensztein: "Internacionalización y políticas económicas en América Latina", revista *Comercio Exterior*, vol. 32, No. 7, julio de 1982.

³⁰ El estudio de ciertas características del proceso de concentración y de internacionalización llevó a los investigadores Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito a la siguiente definición: "La fase transnacional es el período de la historia del capitalismo en que se modifican las bases de funcionamiento de las formaciones sociales, como consecuencia de la ruptura de la barrera interpuesta por las fronteras políticas al proceso de concentración del capital". "Economía política en la fase transnacional. Reflexiones preliminares". Revista *Comercio Exterior*, vol. 32, No. 7, julio de 1982, p. 179.

³¹ El lector deseoso de obtener más amplia información sobre las transnacionales encontrará una valiosa literatura concentrada acerca del tema en el número monográfico de la revista *Comercio Exterior*, vol. 32, No. 7, julio de 1982.

Dice el investigador del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), Gonzalo Varela: "La transnacionalización de la economía no implica la neutralización del Estado; a lo máximo, requiere una relación diferente entre Estado, sociedad y capital. El papel del primero será relevante mientras existan naciones y mercados nacionales; respecto al capital local o internacional, el Estado es un intermediario necesario".⁽³²⁾

En memorable discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas, el 1º de octubre de 1982, el entonces presidente de México José López Portillo explicó: "La injerencia de las corporaciones transnacionales, la concentración creciente de los medios financieros, la superedificación de los sistemas bancarios a las grandes metrópolis, las expatriaciones masivas de capital y la imitación de modelos de desarrollo ajenos, ponen en riesgo *la existencia misma de los Estados nacionales*". También había dicho: "Los países en desarrollo no queremos [sic] ser avasallados. No podemos paralizar *nuestras economías, ni hundir a nuestros pueblos* en una mayor miseria para pagar una deuda cuyo servicio se triplicó sin nuestra participación ni responsabilidad y cuyas condiciones nos son impuestas". Por lo tanto, añadió el presidente de México ". . . después de grandes esfuerzos correctivos en materia económica, mi gobierno decidió atacar el mal por su raíz y extirparlo de una buena vez". De este modo se estableció el control de divisas y se nacionalizó la banca privada de México.

El libre juego de las fuerzas del mercado

Milton Friedman, profeta del neoliberalismo económico como panacea para todos los males presentes del capitalismo, acusa a las grandes corporaciones transnacionales de contribuir al poco éxito de la medicina que él anuncia, y reconoce que ellas impiden el funcionamiento de las leyes del mercado.

La santa ira de Milton Friedman contra las corporaciones transnacionales nos hace creer en su buena fe y nos permite pensar en él como un verdadero fanático ideológico. Simplemente como documento humano, sería interesante conocer el impacto en su conciencia de la práctica de sus teorías económicas, ya que han sumido al pueblo chileno —por poner un ejemplo y porque en él se han implantado aquellas teorías con máxima ortodoxia— en una prolongada agonía, mientras las gigantescas empresas transnacionales que Friedman fustiga se han hinchado de ganancias fáciles.

Sin embargo, no podemos suponer la misma y también supuesta ingenuidad en todos los responsables de la actual cruzada en favor del "libre juego de las fuerzas

del mercado". David Stockman, tenido como el genio del gabinete económico del presidente Reagan, escandalizó a Washington al hacer pública su poca fe en el éxito de una política que él mismo contribuyera a formular. El escándalo suscitado obligó a Stockman a un *mea culpa*; pero siguió al frente de su oficina, lo que puso en entredicho la sinceridad del presidente Reagan respecto a su propia política económica. Cabe entonces dudar, no tanto acerca de la confianza de Reagan en la eficacia de su política para aliviar los males que aquejan a las mayorías en su país, sino en los verdaderos fines que ésta persigue, los cuales pueden ser distintos de los que Reagan declara públicamente.

La cuestión no es preguntarse si funciona o no el liberalismo económico implantado ya en diversos países, o en vías de implantarse en aquellos otros que caen bajo el control del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial o del GATT, instituciones líderes de la transformación que está sufriendo el orden económico mundial hacia un mayor provecho de los países industrializados.

El liberalismo económico funciona, y muy bien por cierto, pero para otros fines distintos de los declarados y, además, *unilateralmente*. Habría que preguntarse: ¿en favor de quién funciona el neoliberalismo económico? Porque el éxito de alguien puede significar el fracaso de otros.

"El estado de bienestar es el enemigo"

Una visión global de los acontecimientos mundiales recientes, más el conocimiento de algunos análisis económicos de especialistas confiables, nos convencerá de que no es otra cosa sino la necesidad de revitalizar la tasa de ganancias lo que impulsa la frenética búsqueda —no importa lo brutales que puedan resultar los medios utilizados— del restablecimiento del "libre juego de las fuerzas del mercado", cuya efectividad —de acuerdo con los ideólogos del neoliberalismo actual— fue seriamente lesionada por la acción modificadora del Estado de bienestar. Y no se debe olvidar que el "libre juego de las fuerzas del mercado" constituye el dogma por excelencia del capitalismo tradicional o competitivo.

Es oportuno recordar al economista norteamericano Paul A. Samuelson: "Mi tesis —dice— es que la *stagflation* [inflación con recesión] es una característica intrínseca de la economía mixta [. . .] y descubro sus raíces en el interior de la naturaleza básica del Estado de bienestar moderno [. . .] En resumen: atribuyo dicho fenómeno de la economía mixta al hecho de que ahora tenemos una sociedad humana en donde *al desempleo y al receso no se les permite tener repercusiones en la baja de precios y salarios, características*

³² "Transnacionalización y política", revista *Comercio Exterior* mencionada.

del cruel y despiadado capitalismo de los libros de historia" (subrayados míos).⁽³³⁾

Para justificar principios teóricos que, desde el punto de vista de los capitalistas, explican génesis y superación de las crisis, los partidarios del neoliberalismo económico consideran necesario destruir el Estado de bienestar o socialdemocracia, ya que, además de modificar la naturaleza misma del capitalismo —según ellos— constituye serio obstáculo para el predominio de las empresas trasnacionales.

Se puede afirmar que estamos presenciando la culminación del paulatino divorcio entre el liberalismo económico y el liberalismo político.⁽³⁴⁾

La destrucción del Estado de bienestar es punto focal de la *reaganomics*, cuyo propósito de devolver a la iniciativa privada el predominio y el control de la economía traspasa las fronteras nacionales para convertirse en el principal producto de exportación ideológica norteamericana en este momento. Y para destruir el Estado de bienestar —en otras palabras, para acabar el reformismo capitalista— es preciso destruir la fuerza que lo sostiene: la de los trabajadores organizados.

Un valioso apoyo a esta afirmación encuentro en el ya citado Paul A. Samuelson, quien dice: "Leyendo entre líneas a Schumpeter, creo observar que la misma solución planteada por ellos [Wilfrido Pareto y George Sorel] estaba tácitamente en su mente [. . .] A lo que me estoy refiriendo es, desde luego, a la solución fascista. Si la eficiencia del mercado es políticamente inestable, entonces los simpatizantes del fascismo concluyen: 'Libérense de la democracia e impongan a la sociedad el régimen de mercado'. No importa que los sindicalistas deban ser castrados y los molestos intelectuales enviados a la cárcel o al exilio [. . .] Por decir algo, si Chile y los Chicagos *boys* no hubieran existido, hubiéramos tenido que inventarlos como paradigmas".⁽³⁵⁾

³³ Paul A. Samuelson, premio Nobel de Economía, en la conferencia magistral que, bajo el título *La economía mundial a finales del siglo* dictó durante el VI Congreso Mundial de Economistas, celebrado en México, D.F., en agosto de 1980.

³⁴ "Desde mediados del siglo XIX, la realidad puso también en duda el pretendido antagonismo entre desarrollo económico e injerencia estatal. Más definitiva aún fue la escisión que estableció un poco más tarde la presencia del capital monopólico entre liberalismo económico y liberalismo social y político, dos términos que parecían no sólo asociados históricamente, sino producidos el uno por el otro". Gonzalo Varela: "Transnacionalización y política", revista Comercio Exterior, vol. 32, No. 7, julio de 1982.

³⁵ Paul A. Samuelson, *op. cit.*

Una clase obrera con buenas defensas sindicales (como las que ella contruye en un Estado de bienestar) es demasiada resistencia para los dueños del capital, quienes necesitan cumplir con el procedimiento restablecedor de la tasa media de ganancias. Procedimiento ya conocido por nosotros y que verificamos diariamente con las noticias procedentes del Norte: ramas enteras de la industria tradicional que se tornan obsoletas ante la pujanza de nuevas tecnologías, o la aparición de ramas industriales que hasta hace poco creíamos propias de la ciencia ficción; dramáticos despidos en masa de trabajadores, especialmente ante la mano de obra no calificada (los braceros mexicanos en Estados Unidos, por ejemplo); inflación que no obstante sus temporales bajas sigue cumpliendo la función concentradora del capital; empresas pequeñas y medianas en quiebra agobiadas por el alto costo del crédito financiero. . . todo eso que a corto, mediano y largo plazo se resuelve en incremento de la plusvalía arrancada a los salarios de los trabajadores no despedidos.

(Forzando los términos ya acuñados en una semántica muy precisa, cuando hablo aquí de plusvalía quiero dar a entender tanto la plusvalía propiamente dicha que se obtiene de los salarios de los trabajadores dentro de la economía nacional, como esa otra "plusvalía" que obtienen los países industrializados de los "salarios" —es decir, los precios de las materias primas— de las naciones tercermundistas sojuzgadas económicamente.)

Los "mitos" del reformismo

Reveladoras son las tesis de Ernest Mandel acerca de "los grandes mitos del reformismo". Además de considerar la facilidad con que el Estado se beneficia de los capitales líquidos importantes colocados en fondos del propio Estado por las cajas o instituciones de seguridad social, Mandel llega al nudo de la cuestión: "El conjunto de las cantidades entregadas a las cajas de seguridad social —ya sea por los patronos, ya por el Estado, ya por retención de los salarios de los mismos obreros— constituye simplemente una parte del salario, un salario indirecto o salario diferido. Es el único punto de vista razonable que, además, concuerda con la teoría marxista del valor, puesto que, efectivamente, hay que considerar como precio de la fuerza de trabajo el conjunto de la retribución que el obrero percibe a cambio de ella, sin que importe que le sea entregada directamente (salario directo) o más tarde (salario

diferido)".³⁶ De un modo o de otro, los obreros organizados están de acuerdo con este razonamiento.³⁷ Milton y Rose Friedman, también enemigos del Estado de bienestar —aunque desde trincheras opuestas a la de Mandel— calculan la continua disminución del número de trabajadores activos necesarios para financiar los servicios sociales de que goza un número de aumento de trabajadores pasivos. Llegan a la conclusión de que cada vez es más pesada la carga sobre los hombros de los trabajadores activos en un Estado de bienestar. Dicen: "Los problemas financieros a largo plazo de la seguridad social derivan de un solo hecho: el número de individuos que recibe pagos del sistema ha aumentado y continuará creciendo a un ritmo mayor que la cifra de trabajadores cuyos salarios pueden estar sujetos a la imposición para financiar esos pagos. En 1950, por cada perceptor había 17 trabajadores; en 1970, sólo 4; a principios del siglo XXI, si continúa la tendencia actual, habrá 2 en el mejor de los casos [. . .] ¿Por qué razón esos programas han defraudado tanto? Sin duda sus objetivos eran humanitarios y nobles [. . .] Al comienzo de la nueva era todo parecía bien; los individuos que habían de beneficiarse eran pocos y los contribuyentes que podían financiar dichos programas eran muchos, de modo que cada uno pagaba una pequeña cantidad que proporcionaba beneficios significativos a unos pocos que los necesitaban. En la actualidad todos nosotros estamos financiando unos programas con un bolsillo, para recibir dinero —o algo que el dinero podría comprar— con el otro"³⁸

Los datos de los Friedman nos hacen volver a Mandel para seguir en la búsqueda del meollo de la crisis actual del Estado de bienestar: "Las cajas de seguro de enfermedad, de accidentes, no están basadas en el principio de la recuperación individual (cada cual recibe [...] lo que ha entregado o lo que el patrón o el Estado ha entregado por él) sino sobre el principio del *seguro*, es decir, de la media matemática de los riesgos, es decir, de la solidaridad: los que no sufren accidentes pagan para que los accidentados puedan quedar completamente cubiertos". Por eso para Mandel "una verdadera redistribución de la renta nacional en favor de los asalariados sólo puede lograrse mediante la transformación de la seguridad social en servicios nacionales (de la salud, del pleno empleo, de la vejez) *financiados por el impuesto progresivo sobre las rentas*" (subrayados míos). En otras palabras lo que propone Mandel es "la sustitución del

principio de solidaridad (de clase) limitada a la clase laboral, por el principio de solidaridad ampliada a todos los ciudadanos".³⁹

Las afirmaciones de Mandel nos proporcionan una punta del hilo para desenredar la madeja. Nos ha mostrado que la seguridad social se financia mediante la solidaridad interclase trabajadora; pero los datos aportados por los Friedman nos advierten de la ya inminente saturación de dicha solidaridad. Y que esto ocurra pronto es temor bien fundado de nerviosos capitalistas. Porque para entonces, el progresivo aumento de las conquistas sociales y, por ende, de la fuerza política de sindicatos y otras organizaciones laborales en una socialdemocracia o Estado de bienestar, incrementarían peligrosamente las presiones de los asalariados en pos de una más justa distribución del ingreso, hasta llegar a gravar las sacrosantas ganancias del capital.

He aquí, pues, una buena justificación para que los capitalistas enarboles banderas neoliberales y declaren guerra a muerte al Estado benefactor.

Para aceptar plenamente una tan atractiva idea como aquélla de Mandel que me permitió construir la hipotética conclusión anterior, habría que estudiar primero la composición y el tipo de los crecientes impuestos durante el desenvolvimiento del Estado de bienestar en las sociedades capitalistas avanzadas, y determinar si dichos impuestos gravan o no las utilidades del capital. A pesar de los refinadísimos perfiles que ha adquirido el fraude contra el fisco, es indudable el aumento de la imposición fiscal en países que han construido un Estado de bienestar. Pero el punto no es éste, sino otro, y no es cuestión de valorarlo cuantitativamente sino cualitativamente. Para quien considere que no existe ni existirá jamás un salario "justo" ya que la injusticia radica en la existencia misma de un "salario", tampoco puede aceptar que haya una ganancia "lícita" que sea producto del trabajo ajeno: es inmoral por principio. Se comprende que me estoy refiriendo al fundamento económico del capitalismo y también al fundamento ético filosófico del socialismo. Bajo este orden de ideas, el salario "indirecto" o "diferido" mencionado por Mandel tendría que ir creciendo progresivamente hasta absorber las "ganancias" capitalistas. Esto sería el desarrollo lógico del "socialismo" de los socialdemócratas. Como en la vida real esto no ocurre así —por razones obvias— el reformismo encuentra pronto sus propios límites dentro de la permisibilidad capitalista, cuando empieza a declinar el auge económico —pleno empleo prolongado, alzas salariales, tasa media de ganancia satisfactoria—, auge económico durante el cual se financian fácilmente reformas sociales

³⁶ Ernest Mandel: *Iniciación a la economía marxista*, 1974.

³⁷ "Los servicios sociales [en Gran Bretaña] han sido progresivamente considerados por los movimientos como parte integral de los salarios, parte que debe ser defendida e incrementada en la misma forma que los salarios en dinero. Configuran un *salario social* aportado colectivamente por el Estado o por otro organismo". Ian Gough, *op. cit.*, p. 269.

³⁸ Milton y Rose Friedman: *Libertad de elegir*, 1981, pp. 153, 165-6.

³⁹ Ernest Mandel, *op. cit.*

favorables a los asalariados en un Estado de bienestar o socialdemocracia. La experiencia actual nos dice, sin lugar a dudas, que tales reformas *no* son irreversibles. La tónica político económica en estos precisos momentos se caracteriza en todo el mundo capitalista por un escandaloso desempleo, reducción de salarios reales, alza del precio de bienes de salario, recortes en la seguridad social etc. Todo eso que constituye, como acertadamente lo definió Jorge de la Vega Domínguez, secretario de Estado en el anterior gobierno mexicano, como “la rebelión de los ricos contra los pobres”.

Ahora bien, mientras no se decidan a gravar las utilidades del capital —con verdadero espíritu de justicia social— mediante *reformas fiscales a fondo*, los reformistas *no* revolucionarios se ven expuestos a soportar déficits crecientes en los presupuestos nacionales de sus respectivos países, para financiar parte de la seguridad y de otras conquistas sociales como la educación pública y la elevación de calidad de la vida en general dentro de un Estado de bienestar.⁴⁰

El modelo “keynesiano”

Una correcta caracterización de la naturaleza intrínseca del capitalismo no es estática y debe basarse en la resultante de su transformación histórica, es decir, de lo que *va siendo*. Por eso cuando se oye decir que está en crisis o en quiebra el “modelo keynesiano” dan ganas de preguntar si quien lo está diciendo está consciente de que el llamado modelo keynesiano no es otra cosa sino el capitalismo mismo. En otras palabras: lo que *ha llegado a ser*. Los modelos ofrecidos por el neoliberalismo económico (mediante monetaristas u ofertistas) no son sino intentos involucionistas que tratan infructuosamente de borrar los cambios históricos del capitalismo. Cambios que se hicieron más visibles a partir de la gran depresión de los años 29 y siguientes. Si se sigue el desarrollo de estos conceptos se llega entonces a comprender por qué la crisis actual del capitalismo es, propiamente, la crisis de la economía mixta, del Estado de bienestar, de la socialdemocracia, del reformismo.

Ahora bien: determinar si las políticas económicas neoliberales o monetaristas conducen a una involución histórica del capitalismo o, si por lo contrario, están llevando a una fase superior del mismo en su evolución histórica —a la formación de una economía única y de un solo mercado mundiales— es cuestión de perspectiva de clase. Desde el punto de vista de los portadores de la fuerza de trabajo, el neoliberalismo no es otra cosa sino un fascismo económico, mientras el keynesianismo puede conducir al llamado “socialismo democrático” o, en otras palabras, al reformismo capitalista (socialdemócrata).

Evolución de la democracia

La discusión anterior adelanta nuestro encuentro con los límites del Estado de bienestar o socialdemocracia. Si se piensa en términos de los derrotados del proceso histórico en los tiempos modernos, puede aceptarse que el linaje de la socialdemocracia se caracteriza por una paulatina democratización de la sociedad que va ampliando y ahondando sus metas en sucesivos terrenos. Al énfasis en la *democracia puramente política*, cuyos orígenes filosóficos y prácticos se encuentran en la lucha contra el absolutismo, y cuyos logros más visibles fueron la separación de los poderes públicos, la formación de partidos políticos, la actividad electoral y la vida parlamentaria, siguió el énfasis en la *democracia social*, con la reglamentación de la jornada de trabajo, el mejoramiento de las condiciones del mismo, la elevación de niveles de vida y una relativa seguridad de tipo social frente al incierto porvenir de los proletarios. Lógicamente el paso siguiente obligado tendría que ser la *democracia económica*. Aquí es, precisamente, en donde se detiene la socialdemocracia, entendida ésta como partido político en el poder, como régimen de gobierno y forma que toma el Estado, y como tipo de organización social al que condujo la prédica y la práctica socialdemócratas.

La participación de los obreros en las utilidades y algunas otras formas de participación obrera muy limitada son paliativos de la injusta distribución del ingreso que, en verdad, retrasan el momento o desvían la dirección del inevitable arribo de la auténtica democracia económica. Se explica: la profundización y la ampliación de la democracia en el terreno económico presupone el rompimiento de las estructuras capitalistas, porque se tendería a disminuir y a hacer desaparecer el plusvalor originado en los salarios, vía devolución en forma de cada vez mayores servicios sociales y prestaciones económicas, es decir, del aumento en el “salario indirecto”. Y como bien sabemos, la obtención de plusvalía es la condición *sine qua non* para la formación de capital. Por lo pronto consideraremos que aquí se encuentra el meollo de la explicación de la guerra a muerte declarada por los neoliberales al Estado de

⁴⁰ Ian Gough en su trabajo citado, y en referencia al conjunto de los países de la OCED, dice que: “Esta rápida expansión del gasto público que se dio desde la segunda guerra mundial no ha sido financiada por un incremento secular del endeudamiento estatal, con la sola crucial excepción de Estados Unidos”. (p. 235, subrayados míos). Señala la elevación de los impuestos —en Inglaterra— en forma “prácticamente paralela a los gastos públicos”. Sin embargo admite que “desde 1971 los déficits se han agigantado en el Reino Unido, Italia y varios otros países” (p. 240). Su afirmación de que “ello no altera de manera alguna nuestras conclusiones acerca de la tendencia a largo plazo que proyectan las finanzas del Estado” no está, a mi juicio, suficientemente justificada.

bienestar, guerra que incluye, por supuesto, el enorme incremento de los presupuestos bélicos como medio para absorber los excedentes liberados al disminuir los gastos en seguridad social. (No está por demás recordar que la necesidad de absorber excedentes es también preocupación de gobiernos socialdemócratas o "socialistas", es decir, de capitalistas reformistas, que en mayor grado unos que otros destinan partidas presupuestales a gastos en armamento. No olvidemos que aunque *reformado*, el Estado de bienestar sigue siendo *capitalista*.)

En nuestros días es evidente el agotamiento de las posibilidades de la socialdemocracia para seguir impulsando el desarrollo de las fuerzas productivas *dentro de los marcos del sistema capitalista*. Por lo contrario: la socialdemocracia o Estado de bienestar se ha vuelto un obstáculo para la acumulación capitalista, por lo que se han estado arriando banderas del reformismo frente a un neoliberalismo económico que lo niega.

De aquí el empantanamiento en que se encuentra la fórmula reformista y el deterioro de su arrastre electoral, al no responder a las exigencias que va planteando el desenvolvimiento histórico tanto del movimiento obrero como de la creciente participación de las masas populares. De aquí también los conflictos internos y la polarización de las corrientes en pugna en los partidos socialdemócratas europeos, estén o no ejerciendo el poder, y su radicalización evidente en algunos países, ya hacia la izquierda, ya hacia la derecha.

Muy significativa al respecto fue la intención de Willy Brandt, líder de la corriente de izquierda dentro de la socialdemocracia alemana, de retirarse de sus actividades internacionales (incluida su presidencia de la Internacional Socialista), para dedicarse de lleno a su partido (SPD) a raíz del fracaso electoral en el que perdió la conducción política de su país el ahora excanciller socialdemócrata Helmut Schmidt. Brandt "anunció una vasta revisión de los programas del partido, ahora en la oposición, en un esfuerzo por atraer votos de los ecologistas radicales 'verdes' que han estado llevando a sus filas a personas que tradicionalmente votaban por los socialdemócratas"⁴¹. Tal pareciera que al igual que la socialdemocracia sueca, su congénere en Alemania Federal tendrá que inclinarse a la izquierda para ganar los votos necesarios que le devuelvan el poder.

El endurecimiento de las corrientes más conservadoras dentro de los partidos socialdemócratas las acerca al reformismo teórico e idealista de la democracia cristiana. Por su parte, y contrariamente a las prácticas fascistas de sus congéneres en América Latina, espe-

cialmente en el Cono Sur y en Centroamérica, la democracia cristiana alemana —con excepción de su sección bávara— pareciera flexibilizarse para absorber las corrientes conservadoras de la socialdemocracia. En la misma información cablegráfica citada se lee: "Los industriales dieron un voto de confianza al nuevo gobierno presidido por el democristiano Helmut Kohl, informó hoy aquí el[. . .] presidente de la Asociación de Empresarios Alemanes. Dijo que[. . .] los empresarios están dispuestos a hacer sacrificios, pues saben que la Unión Demócrata Cristiana es un amplio partido popular que tendrá que hacer concesiones a grandes sectores de la sociedad, y no seguirá únicamente una línea favorable a los empresarios".

No desconozco la maniobra de la extrema derecha alemana implícita en este movimiento, ni la contribución presentada por la Central de Inteligencia de los Estados Unidos (CIA), para tratar de utilizar al gobierno del democristiano moderado Helmut Kohl como transición hacia un gobierno fascista encabezado por el líder de la extrema derecha democristiana bávara Joseph Straus. La maniobra pareciera calca de la ya en vías de realización en la república centroamericana de El Salvador, en donde un moderado jefe del poder ejecutivo pareciera haber sido escogido para servir de trampolín al declaradamente fascista Roberto D'Abuisson, de la ultraderecha salvadoreña.

Sin embargo es preciso trascender la anécdota y la coyuntura para discernir las tendencias profundas del proceso histórico propio de cada uno de estos países tan disímbolos como son Alemania y El Salvador. En cualquiera de ambos casos, a lo que es necesario estar alerta es a las respuestas populares.

Socialdemocracia y eurocomunismo

Basándome en razonamientos mostrados a lo largo de este trabajo, y *comparando los respectivos discursos ideológicos socialdemócrata y eurocomunista*, he llegado a la conclusión de que el eurocomunismo en Europa (y su equivalente en otras partes) constituye la vertiente revolucionaria de la socialdemocracia. Buena parte de mi afirmación está avalada, indirectamente, por Santiago Carrillo: "Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y de los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística, y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente,

⁴¹ Información cablegráfica de EFE, AP y PL, fechada en Bonn, RFA, el 6/X/82 y aparecida en el periódico *Excelsior* al día siguiente.

en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los estados socialistas, sin dejar por ello de ser internacionalistas. Conceden una gran atención a la solidaridad con los países del Tercer Mundo que lucha contra el colonialismo y el neocolonialismo y por la democratización creciente de las relaciones internacionales. Estos partidos luchan por la cooperación y la coexistencia pacíficas, por la superación de la política de bloques militares y la supresión de bases militares extranjeras de cualquier potencia que sean; por la prohibición de las armas atómicas y el desarme; la no injerencia de unos países en los asuntos de otros; el ejercicio del derecho de autodeterminación por cada pueblo. Estos partidos comunistas han ido desarrollando, no siempre al mismo ritmo, un tejido ideológico y político propio que los diferencia de otros [. . .]".⁴²

Me parece que el eurocomunismo ofrece solución al callejón sin salida socialdemócrata, mediante el rompimiento de estructuras capitalistas, *sin perder por ello carácter reformista*. Una afirmación tal es comprensible si se acepta una necesaria diferenciación entre reformas "burguesas" y reformas "revolucionarias", cuya aplicación dependería —claro está— de cuál es la clase social a cuyos intereses sirviese el gobierno en turno, o el grupo que gobernase.

Santiago Carrillo está en lo cierto cuando afirma que "el eurocomunismo no es un retroceso hacia las posiciones de la socialdemocracia"; pero en cambio, me parece que sí se podría afirmar que constituye *un avance de la socialdemocracia*. En cualquier caso es reveladora la coincidencia de socialdemócratas y de eurocomunistas en otorgar suprema importancia al desarrollo del proceso *democrático*. "Las generaciones de marxistas que han vivido la dolorosa experiencia del fascismo y que, en otro orden de cosas han conocido la degeneración staliniana, valoran el concepto de la democracia de manera distinta, y no en oposición al socialismo y al comunismo, sino como un camino hacia éstos y como un componente capital de los mismos"⁴³.

Resulta claro hoy día que el eurocomunismo puede considerarse como resultado del conflicto entre la socialdemocracia histórica y el comunismo stalinista. Santiago Carrillo precisa: "[. . .] no puede haber ninguna confusión entre eurocomunismo y socialdemocracia en el terreno ideológico, al menos con la socialdemocracia tal como se ha definido hasta aquí. Lo que se denomina vulgarmente eurocomunismo se propone transformar la sociedad capitalista, no *admi-*

nistrarla; elaborar una alternativa socialista al sistema del capital monopolista de Estado, no integrarse en éste y ser una de sus variantes de gobierno. Es decir, se propone desarrollar el proceso revolucionario mundial, que hoy es una necesidad social objetiva para salir del *impasse* al que la humanidad es conducida por el modelo de desarrollo capitalista"⁴⁴.

El fascismo económico

Con el propósito de salir de las crisis, en buena parte de los centros rectores de la economía capitalista se adoptan hoy medidas de corte neoliberal, ya sean monetaristas, ya ofertistas, o, como en Estados Unidos, una mezcla o combinación de ellas.

No es aventurado afirmar que el neoliberalismo económico suministra base para el fascismo contemporáneo (¿neofascismo?); también podría decirse que constituye, precisamente, el fascismo económico. En cualquier caso no debemos dudar en llamarlo "fascismo". Es difícil, y se presta a confusiones constantes, acuñar nuevos términos para cada una de las transformaciones que sufren las categorías políticas, económicas o sociológicas en su evolución histórica: aceptemos, pues, una imprescindible generalización semántica en los vocablos, paralela a la dialéctica de los fenómenos sociales. Con esto se evitarían, entre otras cosas, bizantinas discusiones como las oídas acerca de si el régimen de Pinochet es o no "fascista", porque no reúne *todas* las condiciones que caracterizaron los regímenes mussoliniano y hitlerista.

Deberíamos aceptar, en términos generales, que el fascismo aparece, con diferentes ropajes, cuando al romperse durante una crisis económica el mayor o menor equilibrio entre las fuerzas del capital y las fuerzas del trabajo, el Estado lanza sus recursos de toda índole (incluidos diversos grados de represión) contra las fuerzas del trabajo, en apoyo de las fuerzas del capital. Habría que aceptar, pues, que el fascismo es un fenómeno cíclico. De este modo hoy día no sólo Augusto Pinochet, sino Margaret Thatcher y Ronald Reagan, entre otros, encabezarían también regímenes fascistas.

Si a los generales del Cono Sur les falta "base social", el general argentino Galtieri mostró, en el transcurso del conflicto con los ingleses a causa de las Islas Malvinas, cuán fácil es conseguir "base social" al apelar a las estructuras psicológicas profundas que determinan el nacionalismo en los individuos.

⁴² Santiago Carrillo, *op. cit.*, p. 141.

⁴³ *Ibidem*, p. 115.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 132.